

ALFONSO REYES

CARTILLA MORAL  
CONCIENCIA DEL ENTORNO

UANA

C272

49

05

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LECTURAS UNIVERSITARIAS

Nuestros clásicos

LC272

.R49

2005

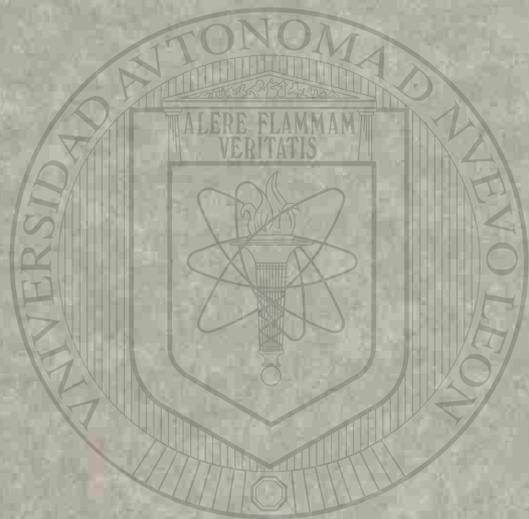
c.1

AL

1004644



1080129436

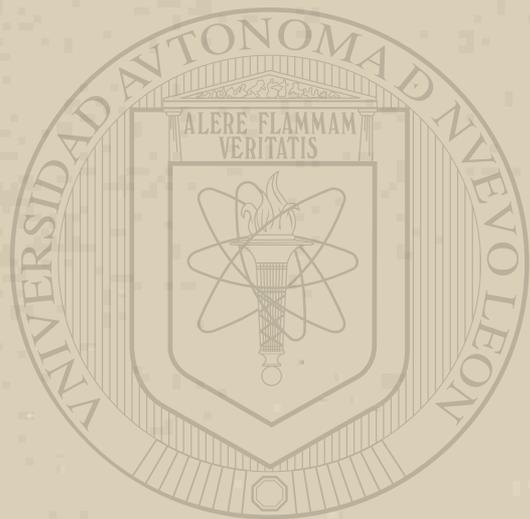


# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



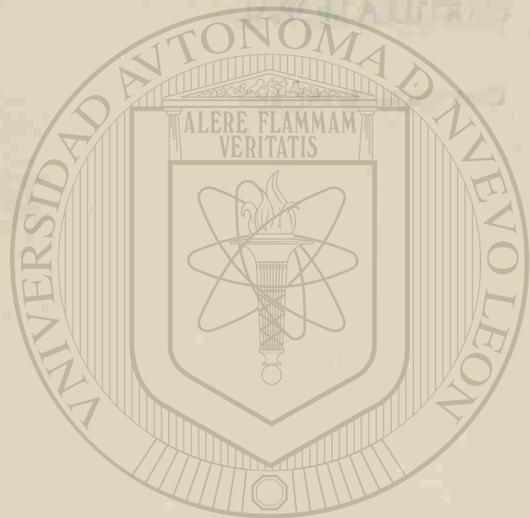
CARTILLA MORAL

CONCIENCIA DEL ENTORNO

# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ALFONSO REYES

CARTILLA MORAL  
CONCIENCIA DEL ENTORNO

TOMADOS DE:

NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA  
VISIÓN DE ANÁHUAC  
INGLATERRA Y LA CONCIENCIA PENINSULAR  
CARTILLA MORAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LECTURAS UNIVERSITARIAS

*Nuestros clásicos*



**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA DE EXTENSIÓN Y CULTURA



José Antonio González Treviño  
*Rector*

Jesús Áncer Rodríguez  
*Secretario General*

Rogelio Villarreal Elizondo  
*Secretario de Extensión y Cultura*

Celso José Garza Acuña  
*Director de Publicaciones*



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Primera edición, 2005

© Universidad Autónoma de Nuevo León

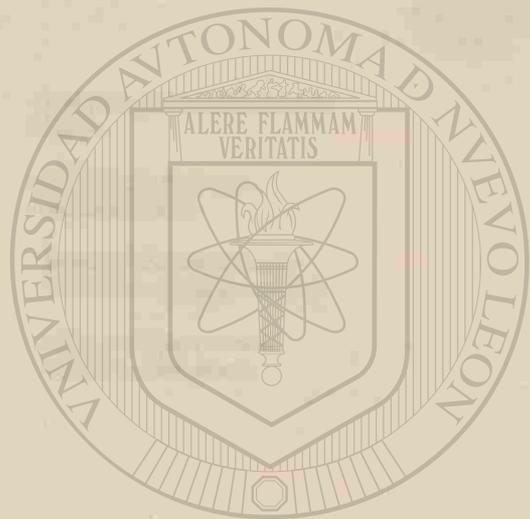
ISBN 970-694-267-X

Impreso en Monterrey, México

Printed in Monterrey, Mexico

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ENTORNO DE AMÉRICA

### NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA

1. Mis observaciones se limitan a lo que se llama la América Latina. La necesidad de abreviar me obliga a ser ligero, confuso y exagerado hasta la caricatura. Sólo me corresponde provocar o desatar una conversación, sin pretender agotar el planteo de los problemas que se me ofrecen, y mucho menos aportar soluciones. Tengo la impresión de que, con el pretexto de América, no hago más que rozar al paso algunos temas universales.

2. Hablar de civilización americana sería, en el caso, inoportuno; ello nos conduciría hacia las regiones arqueológicas que caen fuera de nuestro asunto. Hablar de cultura americana sería algo equívoco; ello nos haría pensar solamente en una rama del árbol de Europa tras-

plantada al suelo americano. En cambio, podemos hablar de la inteligencia americana, su visión de la vida y su acción en la vida. Esto nos permitirá definir, aunque sea provisionalmente, el matiz de América.

3. Nuestro drama tiene un escenario, un coro y un personaje. Por escenario no quiero ahora entender un espacio, sino más bien un tiempo, un tiempo en el sentido casi musical de la palabra: un compás, un ritmo. Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces, el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción. La tradición ha pesado menos, y esto explica la audacia. Pero falta todavía saber si el ritmo europeo—que procuramos alcanzar a grandes zancadas, no pudiendo emparejarlo a su paso medio—, es el único “tempo” histórico posible, y nadie ha demostrado todavía que una cierta aceleración del proceso sea contra natura. Tal es el secreto de nuestra historia, de nuestra política, de nuestra vida, presididas por una consigna de improvisación. El coro: las poblaciones americanas se reclutan, principalmente, entre los antiguos elemen-

tos autóctonos, las masas ibéricas de conquistadores, misioneros y colonos, y las ulteriores aportaciones de inmigrantes europeos en general. Hay choques de sangres, problemas de mestizaje, esfuerzos de adaptación y absorción. Según las regiones, domina el tinte indio, el ibérico, el gris del mestizo, el blanco de la inmigración europea general, y aun las vastas manchas del africano traído en otros siglos a nuestro suelo por las antiguas administraciones coloniales. La gama admite todos los tonos. La laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por hoy, existe ya una humanidad americana característica, existe un espíritu americano. El actor o personaje, para nuestro argumento, viene aquí a ser la inteligencia.

4. La inteligencia americana va operando sobre una serie de disyuntivas. Cincuenta años después de la conquista española, es decir a primera generación, encontramos ya en México un modo de ser americano; bajo las influencias del nuevo ambiente, la nueva instalación económica, los roces con la sensibilidad del indio y el instinto de propiedad que nace de la ocupación anterior, aparece entre los mismos españoles de México un sentimiento de aristocracia indiana, que se entiende ya muy mal con el impulso arribista de los españoles re-

cién venidos. Abundan al efecto los testimonios literarios, ya en la poesía satírica y popular de la época, ya en las observaciones sutiles de los sabios peninsulares, como Juan de Cárdenas (médico español radicado en México). La crítica literaria ha centrado este fenómeno, como en su foco luminoso, en la figura del dramaturgo mexicano don Juan Ruiz de Alarcón, quien a través de Corneille —que la pasó a Molière— tuvo la suerte de influir en la fórmula del moderno teatro de costumbres de Francia. Y lo que digo de México, por serme más familiar y conocido, podría decirse en mayor o menor grado del resto de nuestra América. En este resquemor incipiente latía ya el anhelo secular de las independencias americanas. Segunda disyuntiva: no bien se logran las independencias, cuando aparece el inevitable conflicto entre americanistas e hispanistas, entre los que cargan el acento en la nueva realidad, y los que lo cargan en la antigua tradición. Sarmiento es, sobre todo, americanista. Bello es, sobre todo, hispanista. En México se recuerda cierta polémica entre el indio Ignacio Ramírez y el español Emilio Castelar que gira en torno a iguales motivos. Esta polémica muchas veces se tradujo en un duelo entre liberales y conservadores. La emancipación era tan reciente que ni el padre ni el hijo sabían todavía conllevarla de buen entendimiento. Tercera

disyuntiva: un polo está en Europa y otro en los Estados Unidos. De ambos recibimos inspiraciones. Nuestras utopías constitucionales combinan la filosofía política de Francia con el federalismo presidencial de los Estados Unidos. Las sirenas de Europa y las de Norteamérica cantan a la vez para nosotros. De un modo general, la inteligencia de nuestra América (sin negar por ello afinidades con las individualidades más selectas de la otra América) parece que encuentra en Europa una visión de lo humano más universal, más básica, más conforme con su propio sentir. Aparte de recelos históricos, por suerte cada vez menos justificados y que no se deben tocar aquí, no nos es simpática la tendencia hacia las segregaciones étnicas. Para no salir del mundo sajón, nos contenta la naturalidad con que un Chesterton, un Bernard Shaw, contemplan a los pueblos de todos los climas, concediéndoles igual autenticidad humana. Lo mismo hace Gide en el Congo. No nos agrada considerar a ningún tipo humano como mera curiosidad o caso exótico divertido, porque ésta no es la base de la verdadera simpatía moral. Ya los primeros mentores de nuestra América, los misioneros, corderos de corazón de león, gente de terrible independencia, abrazaban con amor a los indios, prometiéndoles el mismo cielo que a ellos les era prometido. Ya los prime-

ros conquistadores fundaban la igualdad en sus arrebatos de mestizaje; así, en las Antillas, Miguel Díaz y su Cacica, a quienes encontramos en las páginas de Juan de Castellanos; así aquel soldado, un tal Guerrero, que sin este rasgo sería oscuro, el cual se negó a seguir a los españoles de Cortés, porque estaba bien hallado entre indios y, como en el viejo romance español, "tenía mujer hermosa e hijos como una flor". Así, en el Brasil, los célebres João Ramalho y el Caramurú, que fascinaron a las indias de San Vicente y de Bahía. El mismo conquistador Cortés entra en el secreto de su conquista al descansar sobre el seno de Doña Marina; acaso allí aprende a enamorarse de su presa como nunca supieron hacerlo otros capitanes de corazón más frío (el César de las Galias) y empieza a dar albergue en su alma a ciertas ambiciones de autonomismo que, a puerta cerrada y en familia, había de comunicar a sus hijos, más tarde atormentados por conspirar contra la metrópoli española. La Iberia Imperial, más que administrarnos, no hacía otra cosa que irse desangrando sobre América. Por acá, en nuestras tierras, así seguimos considerando la vida, en sangría abierta y generosa.

5. Tales son el escenario, el coro, el personaje. He dicho las principales disyuntivas de la conducta. Hablé

de cierta consigna de improvisación, y tengo ahora que explicarme. La inteligencia americana es necesariamente menos especializada que la europea. Nuestra estructura social así lo requiere. El escritor tiene aquí mayor vinculación social, desempeña generalmente varios oficios, raro es que logre ser un escritor puro, es casi siempre un escritor "más" otra cosa u otras cosas. Tal situación ofrece ventajas y desventajas. Las desventajas: llamada a la acción, la inteligencia descubre que el orden de la acción es el orden de la transacción, y en esto hay sufrimiento. Estorbada por las continuas urgencias, la producción intelectual es esporádica, la mente anda distraída. Las ventajas resultan de la misma condición del mundo contemporáneo. En la crisis, en el vuelco que a todos nos sacude hoy en día y que necesita del esfuerzo de todos, y singularmente de la inteligencia (a menos que nos resignáramos a dejar que sólo la ignorancia y la desesperación concurren a trazar los nuevos cuadros humanos), la inteligencia americana está más avezada al aire de la calle; entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador. Naturalmente que esto no anu-

la, por fortuna, las posibilidades del paréntesis, del lujo del ocio literario puro, fuente en la que hay que volver a bañarse con una saludable frecuencia. Mientras que, en Europa, el paréntesis pudo ser lo normal. Nace el escritor europeo en el piso más alto de la torre Eiffel. Un esfuerzo de pocos metros y ya campea sobre las cimas mentales. Nace el escritor americano como en la región del fuego central. Después de un colosal esfuerzo, en que muchas veces le ayuda una vitalidad exacerbada que casi se parece al genio, apenas logra asomarse a la sobrehaz de la tierra. Oh, colegas de Europa: bajo tal o cual mediocre americano se esconde a menudo un almacén de virtudes que merecé ciertamente vuestra simpatía y vuestro estudio. Estimadlo, si os place, bajo el ángulo de aquella profesión superior a todas las otras que decían Guyau y José Enrique Rodó: la profesión general de hombre. Bajo esta luz, no hay riesgo de que la ciencia se desvincule de los conjuntos, enfrascada en sus conquistas aisladas de un milímetro por un lado y otro milímetro por otro, peligro cuyas consecuencias tan lúcidamente nos describía Jules Romains en su discurso inaugural del Pen Club. En este peculiar matiz americano tampoco hay amenaza de desvinculaciones con respecto a Europa. Muy al contrario, presiento que la inteligencia americana está llamada a desempeñar la

más noble función complementaria: la de ir estableciendo síntesis, aunque sean necesariamente provisionales; la de ir aplicando prontamente los resultados, verificando el valor de la teoría en la carne viva de la acción. Por este camino, si la economía de Europa ya necesita de nosotros, también acabará por necesitarnos la misma inteligencia de Europa.

6. Para esta hermosa armonía que preveo, la inteligencia americana aporta una facilidad singular, porque nuestra mentalidad, a la vez que tan arraigada a nuestras tierras como ya lo he dicho, es naturalmente internacionalista. Esto se explica, no sólo porque nuestra América ofrezca condiciones para ser el crisol de aquella futura "raza cósmica" que Vasconcelos ha soñado, sino también porque hemos tenido que ir a buscar nuestros instrumentos culturales en los grandes centros europeos, acostumbrándonos así a manejar las nociones extranjeras como si fueran cosa propia. En tanto que el europeo no ha necesitado de asomarse a América para construir su sistema del mundo, el americano estudia, conoce y practica a Europa desde la escuela primaria. De aquí una pintoresca consecuencia que señalo sin vanidad ni encono: en la balanza de los errores de detalle o incomprendiones parciales de los libros europeos

que tratan de América y de los libros americanos que tratan de Europa, el saldo nos es favorable. Entre los escritores americanos es ya un secreto profesional el que la literatura europea equivoque frecuentemente las citas en nuestra lengua, la ortografía de nuestros nombres, nuestra geografía, etc. Nuestro nacionalismo conatural, apoyado felizmente en la hermandad histórica que a tantas repúblicas nos une, determina en la inteligencia americana una innegable inclinación pacifista. Ella atraviesa y vence cada vez con mano más experta los conflictos armados y, en el orden internacional, se deja sentir hasta entre los grupos más contaminados por cierta belicosidad política a la moda. Ella facilitará el gracioso injerto con el idealismo pacifista que inspira a las más altas mentalidades norteamericanas. Nuestra América debe vivir como si se preparase siempre a realizar el sueño que su descubrimiento provocó entre los pensadores de Europa: el sueño de la utopía, de la república feliz, que prestaba singular calor a las páginas de Montaigne, cuando se acercaba a contemplar las sorpresas y las maravillas del nuevo mundo.

7. En las nuevas literaturas americanas es bien perceptible un empeño de autoctonismo que merece todo nuestro respeto, sobre todo cuando no se queda en el fácil

rasgo del color local, sino que procura echar la sonda hasta el seno de las realidades psicológicas. Este ardor de pubertad rectifica aquella tristeza hereditaria, aquella mala conciencia con que nuestros mayores contemplaban el mundo, sintiéndose hijos del gran pecado original, de la *capitis diminutio* de ser americanos. Me permito aprovechar aquí unas páginas que escribí hace seis años:

La inmediata generación que nos precede, todavía se creía nacida dentro de la cárcel de varias fatalidades concéntricas. Los más pesimistas sentían así: en primer lugar, la primera gran fatalidad, que consistía desde luego en ser humanos, conforme a la sentencia del anti-guo Sileno recogida por Calderón:

Porque el delito mayor  
del hombre es haber nacido.

Dentro de éste, venía el segundo círculo, que consistía en haber llegado muy tarde a un mundo viejo. Aún no se apagaban los ecos de aquel romanticismo que el cubano Juan Clemente Zenea compendia en dos versos:

Mis tiempos son los de la antigua Roma,  
y mis hermanos con la Grecia han muerto.

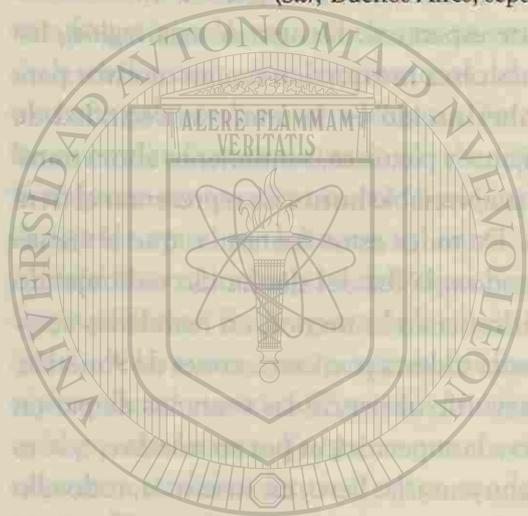
En el mundo de nuestras letras, un anacronismo sentimental dominaba a la gente media. Era el tercer círculo, encima de las desgracias de ser humano y ser moderno, la muy específica de ser americano; es decir, nacido y arraigado en un suelo que no era el foco actual de la civilización, sino una sucursal del mundo. Para usar una palabra de nuestra Victoria Ocampo, los abuelos se sentían "propietarios de un alma sin pasaporte". Y ya que se era americano, otro handicap en la carrera de la vida era el ser latino o, en suma, de formación cultural latina. Era la época del *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?* Era la época de la sumisión al presente estado de las cosas, sin esperanzas de cambio definitivo ni fe en la redención. Sólo se oían las arengas de Rodó, nobles y candorosas. Ya que se pertenecía al orbe latino, nueva fatalidad dentro de él pertenecer al orbe hispánico. El viejo león hacía tiempo que andaba decaído. España parecía estar de vuelta de sus anteriores grandezas, escéptica y desvalida. Se había puesto el sol en sus dominios. Y, para colmo, el hispanoamericano no se entendía con España, como sucedía hasta hace poco, hasta antes del presente dolor de España, que a todos nos hiere. Dentro del mundo hispánico, todavía veníamos a ser dialecto, derivación, cosa secundaria, sucursal otra vez: lo hispano-americano, nombre que se ata

con guioncito como con cadena. Dentro de lo hispanoamericano, los que me quedan cerca todavía se lamentaban de haber nacido en la zona cargada de indio: el indio, entonces, era un fardo, y no todavía un altivo deber y una fuerte esperanza. Dentro de esta región, los que todavía más cerca me quedan tenían motivos para afligirse de haber nacido en la temerosa vecindad de una nación pujante y pletórica, sentimiento ahora transformado en el inapreciable honor de representar el frente de una raza. De todos estos fantasmas que el viento se ha ido llevando o la luz del día ha ido redibujando hasta convertirlos, cuando menos, en realidades aceptables, algo queda todavía por los rincones de América, y hay que perseguirlo abriendo las ventanas de par en par y llamando a la superstición por su nombre, que es la manera de ahuyentarla. Pero, en sustancia, todo ello está ya rectificado.

8. Sentadas las anteriores premisas y tras este examen de causa, me atrevo a asumir un estilo de alegato jurídico. Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad. Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado

la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros.

(Sur, Buenos Aires, septiembre de 1936)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ENTORNO MEXICANO

### VISIÓN DE ANÁHUAC

I

*Viajero: has llegado a la región  
más transparente del aire.*

En la era de los descubrimientos, aparecen libros llenos de noticias extraordinarias y amenas narraciones geográficas.

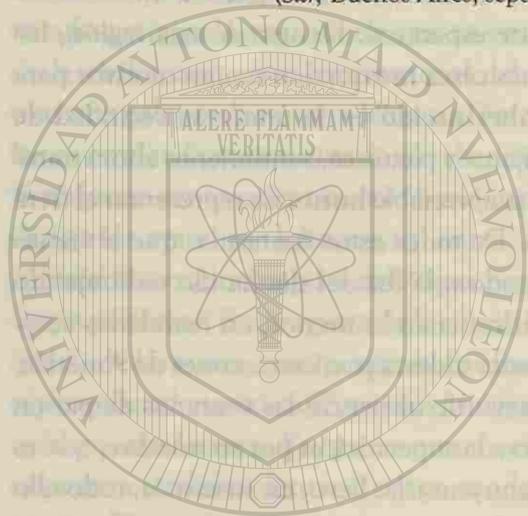
La historia, obligada a descubrir nuevos mundos, se desborda del cauce clásico, y entonces el hecho político cede el puesto a los discursos etnográficos y a la pintura de civilizaciones.

Los historiadores del siglo XVI fijan el carácter de las tierras recién halladas, tal como éste aparecía a los ojos de Europa: acentuado por la sorpresa, exagerado a veces.

El diligente Giovanni Battista Ramusio publica su peregrina recopilación *Delle Navigazioni et Viaggi* en

la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros.

(Sur, Buenos Aires, septiembre de 1936)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ENTORNO MEXICANO

### VISIÓN DE ANÁHUAC

I

*Viajero: has llegado a la región  
más transparente del aire.*

En la era de los descubrimientos, aparecen libros llenos de noticias extraordinarias y amenas narraciones geográficas.

La historia, obligada a descubrir nuevos mundos, se desborda del cauce clásico, y entonces el hecho político cede el puesto a los discursos etnográficos y a la pintura de civilizaciones.

Los historiadores del siglo XVI fijan el carácter de las tierras recién halladas, tal como éste aparecía a los ojos de Europa: acentuado por la sorpresa, exagerado a veces.

El diligente Giovanni Battista Ramusio publica su peregrina recopilación *Delle Navigazioni et Viaggi* en

Venecia, el año de 1550. Consta la obra de tres volúmenes *infolio*, que luego fueron reimpresos aisladamente, y está ilustrada con profusión y encanto. De su utilidad no puede dudarse: los cronistas de Indias del Seiscientos (Solís al menos) leyeron todavía alguna carta de Cortés en las traducciones italianas que ella contiene.

En sus estampas, finas y candorosas, según la elegancia del tiempo, se aprecia la progresiva conquista de los litorales; barcos diminutos se deslizan por una raya que cruza el mar; en pleno océano, se retuerce, como cuerno de cazador, un monstruo marino, y en el ángulo irradia picos una fabulosa estrella náutica. Desde el seno de la nube esquemática, sopla un Eolo mofletudo, indicando el rumbo de los vientos —constante cuidado de los hijos de Ulises. Vense pasos de la vida africana, bajo la tradicional palmera y junto al cono pajizo de la choza, siempre humeante; hombres y fieras de otros climas, minuciosos panoramas, plantas exóticas y soñadas islas. Y en las costas de la Nueva Francia, grupos de naturales entregados a los usos de la caza y la pesquería, al baile o a la edificación de ciudades. Una imaginación como la de Stevenson, capaz de soñar *La isla del tesoro* ante una cartografía infantil, hubiera tramado, sobre las estampas del Ramusio, mil y un regocijos para nuestros días nublados.

Finalmente, las estampas describen la vegetación de Anáhuac. Deténganse aquí nuestros ojos: he aquí un nuevo arte de naturaleza.

La mazorca de Ceres y el plátano paradisíaco, las pulpas frutales llenas de una miel desconocida; pero, sobre todo, las plantas típicas: la biznaga mexicana —imagen del tímido puercoespín—, el maguey (del cual se nos dice que sorbe sus jugos a la roca), el maguey que se abre a flor de tierra, lanzando a los aires su plumero; los “órganos” paralelos, unidos como las cañas de la flauta y útiles para señalar la linde; los discos del nopal —semejanza del candelabro—, conjugados en una superposición necesaria, grata a los ojos: todo ello nos aparece como una flora emblemática, y todo como concebido para blasonar un escudo. En los agudos contornos de la estampa, fruto y hoja, tallo y raíz, son caras abstractas, sin color que turbe su nitidez.

Esas plantas protegidas de púas nos anuncian que aquella naturaleza no es, como la del sur o las costas, abundante en jugos y vahos nutritivos. La tierra de Anáhuac apenas reviste feracidad a la vecindad de los lagos. Pero, a través de los siglos, el hombre conseguirá desecar sus aguas, trabajando como castor; y los colonos devastarán los bosques que rodean la morada humana, devolviendo al valle su carácter propio y terrible: en la tierra salitrosa

y hostil, destacadas profundamente, erizan sus garfios las garras vegetales, defendiéndose de la seca.

Abarca la desecación del valle desde el año de 1449 hasta el año de 1900. Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones —que poco hay de común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción política que nos dio treinta años de paz augusta. Tres regímenes monárquicos, divididos por paréntesis de anarquía, son aquí ejemplo de cómo crece y se corrige la obra del Estado, ante las mismas amenazas de la naturaleza y la misma tierra que cavar.

De Netzahuálcóyotl al segundo Luis de Velasco, y de éste a Porfirio Díaz, parece correr la consigna de secar la tierra. Nuestro siglo nos encontró todavía echando la última palada y abriendo la última zanja.

Es la desecación de los lagos como un pequeño drama con sus héroes y su fondo escénico. Ruiz de Alarcón lo había presentido vagamente en su comedia de *El semejante a sí mismo*. A la vista de numeroso cortejo, presidido por Virrey y Arzobispo, se abren las esclusas: las inmensas aguas entran cabalgando por los tajos. Ése, el escenario. Y el enredo, las intrigas de Alonso Arias y los dictámenes adversos de Adrián Boot, el holandés suficiente; hasta que las rejas de la prisión se cierran tras Enrico Martín, que alza su nivel con mano segura.

Semejante al espíritu de sus desastres, el agua vengativa espiaba de cerca a la ciudad; turbaba los sueños de aquel pueblo gracioso y cruel, barriando sus piedras florecidas; acechaba, con ojo azul, sus torres valientes.

Cuando los creadores del desierto acaban su obra, irrumpe el espanto social.

El viajero americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Les sorprenderíamos hablándoles de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente (por mucho que en vez de colinas la quiebren enormes montañas), donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne. La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que una gana en lo trágico, la otra en plástica rotundidad.

Nuestra naturaleza tiene dos aspectos opuestos. Uno, la cantada selva virgen de América, apenas merece describirse. Tema obligado de admiración en el Viejo Mundo, ella inspira los entusiasmos verbales de Chateaubriand. Horno genitor donde las energías parecen gastarse con abandonada generosidad, donde nuestro ánimo naufraga en emanaciones embriagadoras, es exaltación de la vida a la vez que imagen de la anarquía vital: los chorros de verdura por las rampas de la mon-

taña; los nudos ciegos de las lianas; toldos de platanares; sombra engañadora de árboles que adormecen y roban las fuerzas de pensar; bochornosa vegetación; largo y voluptuoso torpor, al zumbido de los insectos. ¡Los gritos de los papagayos, el trueno de las cascadas, los ojos de las fieras, *ledard empoisonné du sauvage!* En estos derroches de fuego y sueño —poesía de hamaca y de abanico— nos superan seguramente otras regiones meridionales.

Lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa mejor y más tónica. Al menos, para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro. La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí la vegetación arisca y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera de extremada nitidez, en que los colores mismos se ahogan —compensándolo la armonía general del dibujo; el éter luminoso en que se adelantan las cosas con un resalte individual; y, en fin, para de una vez decirlo en las palabras del modesto y sensible fray Manuel de Navarrete:

*una luz resplandeciente*

*que hace brillar la cara de los cielos*

Ya lo observaba un grande viajero, que ha sancionado con su nombre el orgullo de la Nueva España; un

hombre clásico y universal como los que criaba el Renacimiento, y que resucitó en su siglo la antigua manera de adquirir la sabiduría viajando, y el hábito de escribir únicamente sobre recuerdos y meditaciones de la propia vida: en su *Ensayo político*, el barón de Humboldt notaba la extraña reverberación de los rayos solares en la masa montañosa de la altiplanicie central, donde el aire se purifica.

En aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación; bajo aquel fulgor del aire y en su general frescura y placidez, pasaron aquellos hombres ignotos la amplia y meditabunda mirada espiritual. Extáticos ante el nopal del águila y de la serpiente —compendio feliz de nuestro campo— oyeron la voz del ave agorera que les prometía seguro asilo sobre aquellos lagos hospitalarios. Más tarde, de aquel palafito había brotado una ciudad, repoblada con las incursiones de los mitológicos caballeros que llegaban de las Siete Cuevas —cuna de las siete familias derramadas por nuestro suelo.

Más tarde, la ciudad se había dilatado en imperio, y el ruido de una civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto, se prolongaba, fatigado, hasta los infaustos días de Moctezuma el doliente. Y fue entonces cuan-

do, en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés ("polvo, sudor y hierro") se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores —espacioso circo de montañas.

A sus pies, en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide.

Hasta ellos, en algún oscuro rito sangriento, llegaba —ululando— la queja de la chirimía y, multiplicado en el eco, el latido del salvaje tambor.

IV

*But glorious it was to see, how the open  
region was filled with horses and chariots...*

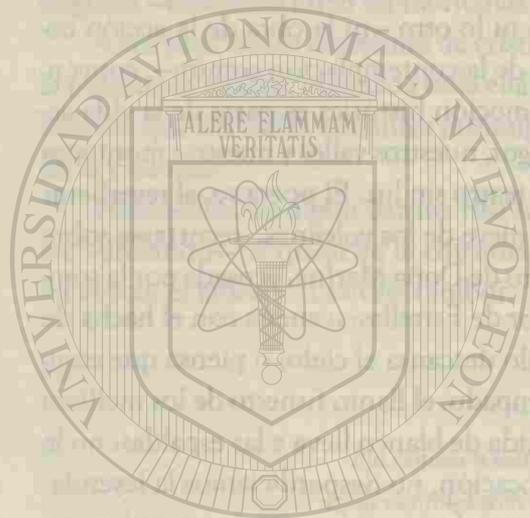
Bunyan, *Tite Pilgrim's Progress*.

Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también

la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural.

El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común. Pero cuando no se aceptara lo uno ni lo otro —ni la obra de la acción común, ni la obra de la contemplación común—, convén-gase en que la emoción histórica es parte de la vida actual, y, sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz. El poeta ve, al reverberar de la luna en la nieve de los volcanes, recortarse sobre el cielo el espectro de Doña Marina, acosada por la sombra del Flechador de Estrellas; o sueña con el hacha de cobre en cuyo filo descansa el cielo; o piensa que escucha, en el descampado, el llanto funesto de los mellizos que la diosa vestida de blanco lleva a las espaldas: no le neguemos la evocación, no desperdiciemos la leyenda. Si esa tradición nos fuere ajena, está como quiera en nuestras manos, y sólo nosotros disponemos de ella. No renunciaremos —oh Keats— a ningún objeto de belleza, engendrador de eternos goces.

Madrid, 1915.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## OTRO ENTORNO EN EL MUNDO

### INGLATERRA Y LA CONCIENCIA PENINSULAR

El simbolismo geográfico es una de las mayores fuerzas de la historia. En la literatura ha dado las narraciones de viajes, la *Odissea* y el libro de *Simbad*. Ignoro si habrá ejemplo moderno más seductor que el de Robert Louis Stevenson. Desde la intensa playa de Escocia, llena de terrores bíblicos, como aquellos marineros ebrios que nos describe, Stevenson padecía verdaderas pesadillas geográficas. A solas con su hijastro Lloyd Osbourne y en esos instantes de iluminación que suelen tener los hombres amigos de los niños, pintaba en los muros de una galería mapas irreales, vagos derroteros marinos. Cierta vez, dicen sus biógrafos, dibujó una isla en el estilo de las cartas imaginarias que ilustran las viejas ediciones de *Gulliver*. Le ocurrió llamarle *La isla del tesoro*. Más tarde, a instancias de su hijastro y de acuerdo con las estrictas aficiones de éste, de aquella cartografía

infantil surgió el libro que conocéis, donde la energía episódica pudiera ser tipo de un clasicismo en la ficción.

En la historia, a la imaginación geográfica debemos los descubrimientos de África y de América, y los crueles dramas polares. Los países de Marco Polo siguen dando nombre a los sueños de la humanidad. ¿Y no se experimenta toda la atracción de la idea geográfica, no se evoca todo el arrastre de tropeles humanos que ella ha producido o puede producir aún, cuando se dice: “paraíso terrenal”, “tierra prometida”?

No sólo la fantasía, más la realidad geográfica. Las luchas por la frontera natural son tradicionales. Los pueblos divididos por un río son -lo acusa la etimología- rivales. El Egipto es un don del Nilo -se viene diciendo desde los tiempos de Herodoto. Hay una cuestión discutida: la constante vecindad del mar ¿hace inmorales a los pueblos? Es sabido que la gente de costa posee civilización más rica, espíritu más nutrido que la de tierra adentro, y es, en general, menos muelle que ésta. Mas eso no se debe en absoluto al mar, sino, en mucha parte, a los hombres que llegan por el mar con su experiencia exótica y la consiguiente voluntad de confrontación, de crítica. El mar mismo, si no hace inmorales a los pueblos, desarrolla sus cualidades hasta ciertos extremos que, momentáneamente y ante el atra-

so de la inteligencia general, parecen dañinos, desconcertantes. El pueblo de playa está menos sujeto al “filisteísmo” continental. Así, los griegos fueron hijos del mar. *La dama del mar*, de Ibsen, caso eminentemente inmoral para el filisteo, puede interpretarse como un caso de alucinación geográfica delante del mar: influencia de aquella grande alma en la otra.

Abierta por todas partes a la sugestión de las sirenas, a las influencias turbadoras del mar, la isla parece imagen del riesgo. Mas por otra parte, parece figura del egoísmo; vive como concentrada en sí. Tal la Inglaterra. Durante los tiempos modernos, confiesa un historiador ecuaníme, dondequiera se descubre una invencible creencia en el egoísmo y el cálculo comercial de Inglaterra. La frase hecha la declara pérfida. Los políticos imbuidos en lecturas como la *Psicología de los pueblos europeos* suelen contar, de antemano, con la perfidia de Inglaterra. ¡Candor e ignorancia!

Inglaterra ha creado un valor nuevo en la política: la conciencia insular. He aquí cómo se manifiesta, con las palabras del difunto Lord Grey:

“Aquel interés generoso y elevado que inmortaliza al héroe no podría justificar los motivos de la conducta política, porque las naciones no pueden ser caballerescas ni románticas”.

Su destino geográfico hace disfrutar a Inglaterra (la primera en la historia moderna) las ventajas de una autonomía congruente y sólida. Cuando Europa se debate en oscuras reacciones, bajo el aliento de Metternick –no completamente extinguido–, el ministro inglés puede sonreír “insularmente”.

La misión de la gran Bretaña ante los problemas continentales parece, pues, definida por su conciencia insular. Pero no hay que atribuir propósitos gratuitos. El editor literario del *Times* escribía a fines de agosto:

“Nuestros aliados combaten más de cerca que nosotros. Junto a los franceses o los belgas, casi no somos combatientes. Así, a la vez que les damos todo el auxilio que podemos, conservamos los deberes espirituales del no combatiente.... Nuestro mayor poder consiste en ser desinteresados... Mientras velan por nosotros nuestros marinos, y nuestras tropas se unen a los aliados, queda aquí el gran cuerpo de la nación, en quien la conciencia nacional debe conservarse alta y pura, para que, después de la guerra, ella venga a ser la conciencia del mundo”.

Amparada en su collar flotante de cañones, la isla escogida se reserva una misión terrible.

El inglés es raro de suyo, amigo de excentricidades. Como ha sabido ser un posgriego, es un preasiático es-

pontáneo. El inglés quiere recoger los últimos alientos de Europa, sobre la boca moribunda, y comunicar ese soplo al que ha de nacer<sup>1</sup>.

París, septiembre de 1914

<sup>1</sup> *El Gráfico*, La Habana, octubre de 1914.



## SENTIDO DEL SER SOCIAL CARTILLA MORAL

### LECCIÓN I. LA MORAL Y EL BIEN

El hombre debe educarse para el bien. Esta educación y las doctrinas que ella inspira constituyen la moral o ética<sup>2</sup>.

La moral de los pueblos civilizados está toda contenida en el Cristianismo. El creyente hereda, pues, con su religión, una moral ya hecha, pero el bien no sólo es obligatorio para el creyente, sino para todos los hombres en general<sup>3</sup>.

El bien no sólo se funda en una recompensa que el religioso espera recibir en el cielo. Se funda también en

<sup>2</sup> La palabra "moral" proviene del latín y la palabra "ética" del griego. "Moris" significa "de la costumbre"; "ethos" significa "voluntad".

<sup>3</sup> El fin último del hombre es la felicidad plena y definitiva; para alcanzarla necesita actuar de acuerdo a la moral procurando el bien.

razones que pertenecen a este mundo. Por eso la moral debe estudiarse y aprenderse como una disciplina aparte<sup>4</sup>.

Podemos figurarnos la moral como una Constitución no escrita, cuyos preceptos son de validez universal para todos los pueblos y para todos los hombres<sup>5</sup>.

Tales preceptos tiene por objeto asegurar el cumplimiento del bien, encaminando a este fin nuestra conducta.

El bien no debe confundirse con nuestro interés particular en este o en el otro momento de nuestra vida. No debe confundirse con nuestro provecho, nuestro gusto o nuestro deseo<sup>6</sup>.

El bien es un ideal de justicia y de virtud que puede imponernos el sacrificio de nuestros anhelos, y aún de nuestra felicidad y de nuestra vida.

<sup>4</sup> El hombre es libre de realizar el bien o rechazarlo. Sea que actúe en un sentido o en otro, su conducta tiene consecuencias que son positivas si se decide por el bien, o negativas si opta por alejarse del bien. En ambos casos las consecuencias pueden ser inmediatas o posteriores.

<sup>5</sup> Los mandamientos básicos de la moral, que más adelante vamos a estudiar, son válidos para todos los hombres y en todas las épocas. Por eso se dice que la moral es universal.

<sup>6</sup> Hay ocasiones en que el bien no coincide con nuestros gustos o conveniencia particular. Hay conductas que pueden ser atractivas, pero que no son moralmente buenas, tales como el mentir, el engañar, el cometer fraude. En estos casos debemos seguir los dictados de la moral y evitar esas conductas, aunque ello signifique para nosotros un sacrificio.

## LECCIÓN II. EL CUERPO Y EL ALMA

El hombre tiene algo de común con los animales y algo exclusivamente humano.

Estamos acostumbrados a designar lo uno y lo otro, de cierta manera fácil, con los nombres de cuerpo y alma, respectivamente. Al cuerpo pertenece cuanto en el hombre es naturaleza; y al alma, cuanto en el hombre es espíritu<sup>7</sup>.

Luego se ve que la obra de la moral consiste en llevarnos desde lo animal hasta lo puramente humano, pero hay que entenderlo bien; no se trata de negar lo que hay de material y de natural en nosotros, para sacrificarlo de modo completo en aras de lo que tenemos de espíritu e inteligencia. Lo que debe procurarse es una prudente armonía entre cuerpo y alma<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> El hombre realiza actividades como comer, beber, dormir, interactuar con la fauna, la flora y el reino animal. Esto también lo hacen los animales. El hombre, en cambio, realiza actividades que no hacen los animales, como pensar, querer, fijarse objetivos y luchar por alcanzarlos, etc. Estas actividades provienen de la parte espiritual del hombre que es el alma; que no por ser intangible es menos real que el cuerpo.

<sup>8</sup> Debemos notar que las actividades que el hombre tiene en común con los animales no son totalmente irracionales, sino que están informadas y dominadas, en cierto grado, por el alma. Así, mientras el animal come en el momento mismo en que experimenta el hambre, el hombre regula

La tarea de la moral consiste en dar a la naturaleza lo suyo sin exceso, y sin perder de vista los ideales dictados por la conciencia<sup>9</sup>.

Advertimos, pues, que hay siempre algo de tacto, de buen sentido en el manejo de nuestra conducta, algo de equilibrio y de proporción. Ni hay que dejar que nos domine la parte animal en nosotros, ni tampoco debemos destrozarnos esta base material del ser humano, porque todo el edificio se vendría abajo<sup>10</sup>.

### LECCIÓN III. VOLUNTAD MORAL Y CULTURA

La voluntad moral trabaja por humanizar más y más al hombre, levantándolo sobre la bestia. Como un escultor que, tallando el bloque de piedra, va poco a poco sacando de él una estatua.

su satisfacción y se alimenta únicamente a ciertas horas y bajo ciertas normas.

<sup>9</sup> Las actividades animales del hombre deben sujetarse al dominio del espíritu tratando de lograr la prudente armonía entre cuerpo y alma. No hay que olvidar que el hombre no es solo cuerpo, ni solo espíritu, sino el resultado de una maravillosa integración del cuerpo y el alma.

<sup>10</sup> Es por ello que la educación del hombre debe ser armónica y debe procurar el adecuado desarrollo tanto del cuerpo como del alma. Recordemos el adagio clásico: "Alma sana en cuerpo sano".

En la realidad, el progreso humano no siempre se logra, o sólo se consigue de modo aproximado; pero ese progreso humano es el ideal a que todos debemos aspirar, como individuos y como pueblos.

Las palabras "civilización" y "cultura" se usan de muchos modos. Algunos entienden por "civilización" el conjunto de conquistas materiales, descubrimientos prácticos y adelantos técnicos de la humanidad<sup>11</sup>. Y entienden por "cultura" las conquistas semejantes de carácter teórico o en el puro campo del saber y del conocimiento. Otros lo entienden al revés. La verdad es que ambas cosas van siempre mezcladas<sup>12</sup>.

En todo caso, civilización y cultura, conocimientos teóricos y aplicaciones prácticas nacen del desarrollo de la ciencia, pero las inspira la voluntad moral o de perfeccionamiento humano. Cuando pierden de vista

<sup>11</sup> El hombre, al igual que los animales, nace y se desarrolla en la naturaleza. Sin embargo, a diferencia de los animales, el hombre transforma la naturaleza y es así como surgen obras materiales tales como ciudades, casas, edificios, automóviles, etc.

<sup>12</sup> El ser humano también ha sido capaz de crear algo que no puede ser tocado, ni oído, ni visto, pero que, sin embargo, es tan real como las obras materiales. Ese algo intangible comprende, entre otras cosas, las formas de gobierno, la estructura familiar, las formas educativas, la ciencia pura, la filosofía, etc.

la moral, civilización y cultura degeneran y se destruyen a sí mismas<sup>13</sup>.

Se puede haber adelantado en muchas cosas y, sin embargo, no haber alcanzado la verdadera cultura. Así sucede siempre que se olvida la moral<sup>14</sup>.

En los individuos y en los pueblos, el no perder de vista la moral significa el dar a todas las cosas su verdadero valor, dentro del conjunto de los fines humanos. Y el fin de los fines es el bien, el blanco definitivo a que todas nuestras acciones apuntan.

#### LECCIÓN IV. LAS NORMAS O PRECEPTOS MORALES SON LOS MISMOS PARA TODOS LOS HOMBRES

La apreciación del bien, objeto de la moral, supone el acatamiento a una serie de respeto que equivalen a los

<sup>13</sup> Dada la libertad del hombre, éste puede usar su poder transformador tanto para el bien, como para el mal. Así como se han inventado antibióticos para aliviar enfermedades, también se han fabricado armas que se usan no sólo para la defensa, sino para matar y destruir.

<sup>14</sup> Es por ello que la moral debe inspirar y orientar todos los campos de la actividad humana. La ciencia, el arte, la actividad comercial e industrial, las diversiones, son actividades humanas que no deben contravenir las normas morales.

“mandamientos” de la religión. Son inapelables: no se les puede desoir sin que nos lo reproche la voz de la conciencia. Tampoco se les cumple por obtener ésta o la otra ventaja práctica, o para ganar éste o el otro premio<sup>15</sup>.

Ahora bien, la humanidad no podrá subsistir sin obediencia a los respetos morales. En la inmensa mayoría de los casos, el solo hecho de obrar bien nos permite ser más felices dentro de la sociedad en que vivimos<sup>16</sup>. Esto bien puede considerarse como una ventaja práctica comparable a esos premios que las asociaciones benéficas o los periódicos conceden a quienes han hecho algún acto evidente de virtud. Sin embargo, la moral está muy por encima de estas satisfacciones exteriores. A veces su acción va directamente en contra de nuestra conveniencia<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> Todos nosotros tenemos una conciencia que se va formando mediante la educación moral y nos indica lo que es bueno y lo que es malo. Cuando realizamos el bien, la conciencia nos recompensa con la satisfacción moral, y cuando no lo hacemos nos lo reprocha.

<sup>16</sup> A través de la educación moral vamos descubriendo un conjunto de reglas o mandamientos que constituyen la moral y cuya observancia nos permite alcanzar el bien.

<sup>17</sup> La conciencia moral aprueba o reprocha nuestra conducta independientemente de que nuestra actuación haya sido vista o no, por otras personas. La conciencia moral nos ordena la conducta justa aun cuando

Reconocemos así un bien superior a nuestro bien particular e inmediato. En este reconocimiento se fundan la subsistencia de la especie, la perduración de la sociedad, la existencia de los pueblos y de los hombres. Sin este sentimiento de nuestros deberes, nos destruiríamos unos a otros, o sólo viviríamos como los animales gregarios<sup>18</sup>.

## LECCIÓN V. EL RESPETO A SÍ MISMO Y LA DIGNIDAD HUMANA

Los respetos que hemos considerado como mandamientos de la moral pueden enumerarse de muchos modos<sup>19</sup>.

las personas con las que interactuamos no se den cuenta. Un ejemplo de esto es lo que sucede cuando al comprar una mercancía el empleado nos da cambio de más; la moral nos indica que debemos regresar el excedente; aun cuando el empleado no lo haya notado.

<sup>18</sup> Es importante e interesante notar cómo el cumplimiento de las normas morales hace posible la coexistencia de los seres humanos y contribuye a la superación de cada uno de nosotros. Pensemos, por un momento, lo que sería de la sociedad si cada persona actuara exclusivamente de acuerdo a su propia conveniencia, olvidándose de la moral; nos pasaríamos el tiempo cuidándonos los unos de los otros o sobrevendría la ley del más fuerte.

<sup>19</sup> Podemos considerar a la persona y sus relaciones como un conjunto de círculos concéntricos. El primer círculo representa la persona misma, el segundo a la familia, el tercero a la sociedad, el cuarto a la patria, el quinto a la especie humana y el sexto a la naturaleza.

Lo primero es el respeto que cada ser humano se debe a sí mismo, en cuanto es cuerpo y en cuanto es alma. A esto se refiere el sentimiento de la dignidad de la persona.

Por eso decimos que todos los hombres son igualmente dignos, en cuanto a su condición de hombres, así como todos deben ser iguales ante la ley.

Cada uno de nosotros, aunque sea a solas y sin testigos, debe sentirse vigilado por el respeto moral y debe sentir vergüenza de violar este respeto. El uso que hagamos de nuestro cuerpo y de nuestra alma debe corresponder a tales sentimientos<sup>20</sup>.

Esto no significa que nos avergoncemos de las necesidades corporales impuestas por la naturaleza, sino que las cumplamos con decoro, aseo y prudencia. Esto no significa que nos consideremos a nosotros con demasiada solemnidad<sup>21</sup>. También es muy peligroso el

<sup>20</sup> El primer respeto, a nosotros mismos, nos obliga a hacer un uso adecuado de nuestro cuerpo y a cuidarlo. Por consiguiente, nos prohíbe el suicidio, la drogadicción, los excesos y la santidad.

<sup>21</sup> Este respeto también nos indica que la persona necesita descanso, esparcimiento, buen humor, sentimiento de lo cómico y aún de la ironía, que nos enseña a burlarnos un poco de nosotros mismos. Todo esto son recursos que aseguran la buena economía del alma, el buen funcionamiento del espíritu. Recordemos que la capacidad de alegría es una fuente del bien moral.

entregarse a miedos inútiles, como el miedo a la libertad y las hermosas responsabilidades que ella acarrea.

De este respeto a nosotros mismos, brotan todos los preceptos sobre la limpieza de nuestro cuerpo, así como todos los preceptos sobre la limpieza de nuestras intenciones y el culto a la verdad. La manifestación de la verdad aparece siempre como una declaración ante el prójimo, pero es un acto de lealtad para con nosotros mismos.

## LECCIÓN VI. EL RESPETO A LA FAMILIA

Después del respeto a la propia persona, corresponde examinar el respeto a la familia: mundo humano que nos rodea de modo inmediato<sup>22</sup>.

La familia es un hecho natural y puede decirse que, como grupo perdurable, es característico de la especie humana<sup>23</sup>.

La familia estable humana rebasa los límites del apetito amoroso y la cría de los hijos.

<sup>22</sup> La familia es el ambiente ideal para que la persona alcance su desarrollo armónico y su realización como hombre. Prueba de ello es que gran parte de la delincuencia juvenil encuentra su explicación en familias desintegradas.

<sup>23</sup> La existencia en común de los miembros de una familia se denomina "hogar".

Ello tiene consecuencias morales en el carácter del hombre, y reconoce una razón natural: entre todas las criaturas vivas comparables al hombre, llamados animales superiores, el hombre es el que tarda más en desarrollarse y en valerse solo, para disponer de sus manos, andar, comer, hablar, etc.

Por eso necesita más tiempo del auxilio de sus progenitores.

La mayor tardanza en el desarrollo del niño comparado con el animal no es una inferioridad humana. Es la garantía de una maduración más profunda y delicada, de una evolución más completa<sup>24</sup>.

El hombre, al nacer, es ya parte de una familia. La sociedad o compañía de los semejantes tiene para el hombre el mismo carácter necesario que su existencia personal. No hay persona sin sociedad. No hay sociedad sin personas<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> El hombre requiere más tiempo de desarrollo para que el organismo humano alcance ese extraordinario afinamiento nervioso que lo pone por encima de todos los animales. La naturaleza, como un artista, necesita más tiempo para producir un artículo más acabado.

<sup>25</sup> La familia constituye el grupo primario básico de la sociedad. A partir de ella se van formando grupos sociales más grandes y complejos -horadas, tribus, clanes- hasta llegar a la sociedad en cuanto tal.

Con la vida en común de la familia comienzan a aparecer las obligaciones recíprocas entre las personas, las relaciones sociales; los derechos por un lado y, por el otro, los deberes correspondientes<sup>26</sup>.

El respeto que une a los hombres de la familia debe existir de los hijos para con los padres y de los padres para con los hijos, así como entre hermanos<sup>27</sup>.

El hogar es la primera escuela<sup>28</sup>.

## LECCIÓN VII. EL RESPETO A LA SOCIEDAD: NORMAS DE URBANIDAD Y CORTESÍA

Nuestra existencia no sólo se desenvuelve dentro del hogar sino que transcurre en compañía de un grupo de hombres, entre la gente<sup>29</sup>.

<sup>26</sup> Hay que tomar en cuenta que, por cada derecho o cosa que podemos exigir, existe un deber o cosa que debemos dar. Este cambio o transición hace posible la asociación de los hombres.

<sup>27</sup> La familia demanda amor y respeto entre todos los miembros que la componen. De la estabilidad y permanencia de la familia depende la prosperidad de la sociedad, por eso la desintegración familiar siempre será vista como una amenaza a la integridad y supervivencia de la sociedad.

<sup>28</sup> Es por ello que cuando una persona decide formar una nueva familia debe hacerlo pensando en la responsabilidad que implica para el futuro.

<sup>29</sup> En nuestra niñez, la gente, además de nuestra familia, son los amigos de la casa, vecinos, maestros, compañeros de escuela. Y cuando pasamos

Esta compañía humana es mi sociedad. Mi sociedad no es más que una parte de la sociedad humana total. Esta sociedad total es el conjunto de todos los hombres.

En torno al círculo del respeto familiar, se extiende el círculo del respeto a mi sociedad. Mi respeto a la sociedad, y el de cada uno de sus miembros para los demás, es lo que hace posible la convivencia de los seres humanos.

El problema de la política es lograr que esta convivencia sea lo más justa y feliz, tanto dentro de una nación, como entre unas y otras naciones.

Las naciones, en su conducta de unas para con las otras, pueden imaginarse como unas personas más amplias que las humanas, pero que debieran gobernarse conforme a iguales principios de bien y de justicia.

La subsistencia de la sociedad es indispensable para la subsistencia de cada ser humano y de la especie humana en general<sup>30</sup>.

de niños a hombres, los jefes, compañeros de trabajo, subordinados, et al.

<sup>30</sup> El ser humano es sociable por naturaleza. Esto significa que requiere de los demás para poder subsistir y realizarse como hombre. Esta necesidad que tenemos de los demás no es únicamente necesidad de recibir, sino también de comunicar y dar.

Los respetos o normas sociales son de varias categorías, según sea más o menos indispensables a la subsistencia de la sociedad. Se procura, pues, impedir las violaciones; y si éstas ya han acontecido se les castiga para que no se repitan.

Esto establece frente al sistema de los respetos, un sistema de sanciones para en caso de violación.

El primer grado o categoría del respeto social nos obliga a la urbanidad y a la cortesía; nos aconseja el buen trato y las maneras agradables<sup>31</sup>.

La sanción contra la violación de este respeto se manifiesta en la desestimación que rodea a la gente grosera<sup>32</sup>.

<sup>31</sup> Las normas de urbanidad y la cortesía nos aconsejan también el controlar, dentro de nosotros, los impulsos hacia la grosería; el no utilizar tonos violentos ni amenazadores, salvo en casos de extrema necesidad, etc.

<sup>32</sup> El castigo a las violaciones a estos respetos es el repudio y desestimación de la opinión pública. El premio al cumplimiento de estas normas es la apreciación y aceptación por parte de la sociedad.

## LECCIÓN VIII. EL RESPETO A LA SOCIEDAD: NORMAS JURÍDICAS

El segundo grado del respeto social se refiere ya a la sociedad organizada en Estado, en gobierno con sus leyes propias. Este grado es el respeto a la ley que asume a su vez, varias categorías<sup>33</sup>.

Las sanciones contra las violaciones a estos respetos ya no se dejan a la mera opinión pública; son verdaderos castigos: indemnización, multa, destitución, prisión, pena de muerte, etc., según las leyes de cada país<sup>34</sup>.

Este es el campo del Derecho o de la vida jurídica. El Derecho procura establecer la justicia en todos los tratos y compromisos entre los hombres.

<sup>33</sup> Para hacer posible la convivencia dentro de la sociedad, los hombres organizan al gobierno y le encomiendan la formulación y promulgación de las leyes, la aplicación de las mismas y la vigilancia en su cumplimiento, así como la imposición de castigos en caso de que sean violadas. El gobierno dispone de la fuerza pública para lograr sus objetivos, pero solamente la debe utilizar en los casos que específicamente marca la ley.

<sup>34</sup> El castigo para quien viola la ley no se deja a la opinión pública, como sería el caso de las normas de urbanidad. Ello es así, porque las violaciones a la ley son más peligrosas para la subsistencia de la sociedad, imaginemos las graves consecuencias para la sociedad, si al asesino se le castigara únicamente con el desprecio de la opinión pública. Es obvio que se requiere una sanción mayor, acorde a la gravedad de la falta.

La igualdad ante el Derecho es una de las más nobles conquistas del hombre. El que comete una falta o un delito debe sufrir igual pena, sea débil o poderoso, pobre o rico.

Toda violación de la ley lo es también de la moral; pero hay violaciones morales que no llegan a ser jurídicas. Claro es que hay también algunas disposiciones jurídicas, de carácter más bien administrativo, que son moralmente indiferentes.

Así se establecen los distintos niveles del Derecho, o sea los distintos caracteres de los respetos que la Ley asegura mediante sanciones<sup>35</sup>.

La Constitución, que es la ley de todas las demás leyes, se considera como emanación de la voluntad del pueblo en la doctrina democrática. Está previsto en este código fundamental el medio para modificarlo de acuerdo con el deseo del pueblo, expresado a través de sus representantes.

<sup>35</sup> Existen diferentes grados de leyes. La más importante es la Constitución. De ella se sirven todas las demás leyes y ninguna puede contravenir sus preceptos.

## LECCIÓN IX. EL RESPETO A LA PATRIA

La Nación, la Patria, no debe confundirse con el Estado. El Estado Mexicano, desde la Independencia, ha cambiado varias veces de forma o de Constitución. Y siempre ha sido la misma Patria.

El respeto a la Patria va acompañado de ese sentimiento que todos llevamos en nuestros corazones y que se llama Patriotismo: amor a nuestro país, deseo de mejorarlo, confianza en sus futuros destinos<sup>36</sup>. Este sentimiento debe impulsarnos a hacer por nuestra nación todo lo que podamos, aun en casos en que no nos lo exijan las leyes<sup>37</sup>.

Cuando hay lucha entre las naciones, lo que no pasa de ser una desgracia causada por las imperfecciones humanas, nuestro deber está al lado de la propia patria por la que tendremos que luchar y aun morir.

<sup>36</sup> El patriotismo no se opone a la solidaridad humana, sino que la hace posible y la refuerza. La comunidad de las naciones tiene más probabilidades de avanzar hacia la paz cuando los ciudadanos de cada nación son más patriotas.

<sup>37</sup> La patria nos demanda amor y puede llegar a pedirnos incluso la vida. También demanda algo que, tal vez, no sea tan dramático como dar la vida, pero no por ello es menos importante: el trabajo diario hecho con nuestro mejor esfuerzo. Debemos comprender que el esfuerzo cotidiano de cada persona es necesario para el progreso de la patria.

Cuando hay armonía y entendimiento, debemos sentirnos, en todos los demás países, como unos embajadores no oficiales<sup>38</sup>.

El progreso moral de la humanidad será mayor, cuando mayor sea la armonía entre todos los pueblos. La paz, como la democracia, sólo puede dar sus frutos donde todos la respetan y la aman.

Mientras haya un solo país que tenga ambiciones sobre los demás y se arme con miras a la conquista, el verdadero pacifismo consiste en crear alianzas y armarse para evitar semejantes delitos internacionales.

La Patria es el campo natural donde ejercitamos nuestros actos morales en bien de la sociedad.

## LECCIÓN X. EL RESPETO A LA ESPECIE HUMANA

Todos los respetos de que hemos hablado, mandamientos de la moral, se resumen en aquel eterno principio: "No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti".

<sup>38</sup> Asimismo, amar a la patria significa esforzarnos por conocer la historia de nuestro país. Se ha dicho que quien ignora la historia patria es extranjero en su tierra. Puede añadirse que quien ignora el deber patrio es extranjero en la humanidad.

El respeto de la propia persona obliga al respeto para el prójimo. El respeto a la propia familia obliga al respeto de los lazos familiares entre los demás. El respeto al propio país lleva al respeto para los demás países. Y todo ello se suma en el respeto general de la sociedad humana.

Estos respetos conducen de la mano a lo que podemos llamar el respeto a la especie humana. Amor a sus adelantos ya conquistados, amor a sus tradiciones y esperanzas de mejoramiento<sup>39</sup>.

Las tradiciones no deben confundirse con las cosas ya sucedidas, pues también suceden cosas malas. La moral enseña a distinguir las buenas: sólo éstas constituyen tradición respetable.

Las esperanzas de mejora humana no deben confundirse con las quimeras. Y aquí no es el criterio moral, sino la inteligencia y la cultura la que nos ayuda a distinguir.

Si consideramos a la especie humana en conjunto, vemos que ella se caracteriza por el trabajo encaminado

<sup>39</sup> El desarrollo científico y tecnológico que ha logrado el hombre es admirable. Es obvio que este desarrollo ha sido más acelerado en los últimos años y lo será todavía más en los años por venir. Pensemos por ejemplo en el desarrollo de la electrónica y en las posibilidades que ofrece.

hacia la superación. El animal sólo trabaja para conservarse. El hombre para conservarse y superarse. Nunca se conforma el hombre con lo que encuentra.

El respeto a nuestra especie se confunde casi con el respeto al trabajo humano. Las buenas obras del hombre deben ser objeto de respeto para todos los hombres<sup>40</sup>.

Romper un vidrio por el gusto de hacerlo, destrozarse un jardín, pintarrapear las paredes, quitarle un tornillo a una máquina, todo esto son actos verdaderamente inmorales. Descubren en quien los hace, un fondo de animalidad, de inconciencia que lo hace retrogradar hasta el mono. Descubren en él una falta de imaginación que le impide recordar todo el esfuerzo acumulado detrás de cada obra humana<sup>41</sup>.

El desperdicio es también una inmoralidad<sup>42</sup>.

<sup>40</sup> El respeto a la especie humana nos pide que sepamos admirar y valorar los resultados del trabajo del hombre; así se trate de desarrollo tecnológicos espectaculares como del resultado del esfuerzo de cualquier persona en su trabajo cotidiano.

<sup>41</sup> El trabajo humano debe estar orientado a la mejoría personal de la sociedad y de la humanidad.

<sup>42</sup> Hay ciudades en que la autoridad se preocupa por recoger todos esos desperdicios de la vida doméstica que confundimos con la basura: cajas, frascos, tapones, tuercas, recortes de papel, etc. Esto debiera hacerse siempre y en todas partes. No sólo como medida de ahorro en tiempo de

## LECCIÓN XI. EL RESPETO A LA NATURALEZA

El más impersonal de los respetos morales, el círculo más exterior de los círculos concéntricos que acabamos de recorrer, es el respeto a la naturaleza exterior del hombre<sup>43</sup>.

Debe recordarse que los reinos mineral, vegetal y animal constituyen la morada humana y el escenario de nuestra vida; por consiguiente, el respeto a ellos está contemplado en la moral<sup>44</sup>.

Hay que procurar pensar en serio y con intención amorosa, animados siempre del deseo de no hacer daño en cuantas cosas nos rodean y acompañan en la existencia, así sean tan humildes como las piedras.

guerra, sino por deber moral, por respeto al trabajo humano que representa cada uno de estos modestos artículos. De paso, ganaría con ello la economía.

<sup>43</sup> En la naturaleza observamos una armonía y un equilibrio maravilloso entre todos los seres que la componen. Sólo el hombre, con el uso de su libertad, tiene la capacidad de alterar ese equilibrio; lo cual hace, en muchas ocasiones, con consecuencias negativas, tanto para la naturaleza, como para sí mismo. Pensemos en la contaminación ambiental y en la tala inmoderada de los bosques.

<sup>44</sup> Este respeto nos ordena conocer, admirar, querer y cuidar a la naturaleza y la armonía que en ella existe. Los cambios que el hombre necesariamente tiene que hacer en ella deben ser llevados a cabo de tal manera que no se altere el equilibrio ecológico.

En verdad, el espíritu de maldad asoma ya cuando, por gusto, enturbiamos un depósito de agua clara que hay en el campo; o cuando arrancamos ramas de los árboles por sólo ejercitar las fuerzas; o cuando mata- mos animales sin necesidad y fuera de los casos en que nos sirven de alimento; o cuando torturamos por crueldad a los animales domésticos, o bien, nos negamos a adoptar prácticas que los alivien un poco en su trabajo<sup>45</sup>. La naturaleza existe para el servicio y la felicidad del hombre, pero esto no le da derecho de dañarla o destruirla.

Este respeto al mundo natural que habitamos, a las cosas de la tierra, va creando en nuestro espíritu un hábito de contemplación amorosa que contribuye mucho a nuestra felicidad y que, de paso, desarrolla nuestro espíritu de observación y nuestra inteligencia.

El amor a la morada humana es una garantía moral, es una prenda de que la persona ha alcanzado un apreciable nivel del bien: aquel en que se funden el bien y la belleza. Este punto es el más alto que puede alcanzar, en el mundo, el ser humano.

<sup>45</sup> La naturaleza existe para el servicio y la felicidad del hombre, pero esto no le da derecho de dañarla o destruirla.

## LECCIÓN XII. LOS LÍMITES DE LA VOLUNTAD MORAL

Hay un sentimiento que acompaña la existencia humana y del cual ningún espíritu claro puede desprenderse: hay cosas que dependen de nosotros y hay cosas que no dependen de nosotros. Se trata de lo que escapa al poder de los hombres todos, de cualquier hombre<sup>46</sup>.

Ello puede ser de orden material, como un rayo o como un terremoto; o de orden sentimental, como la amargura o el sufrimiento inevitables en toda existencia humana, por mucho que acumulemos elementos de felicidad; o de orden intelectual, como la verdad, que no es posible deshacer con mentiras y que, a veces, hasta puede contrariar nuestros intereses o deseos<sup>47</sup>.

En esta dependencia de algo ajeno y superior a nosotros, el creyente funda su religión.

<sup>46</sup> El hombre es un ser único en la naturaleza, ya que en él se conjugan el mundo animal y el espiritual. Por el espíritu, el hombre es superior a la naturaleza y tiene la capacidad de transformarla y dominarla; pero el ser humano es también uno de los seres más vulnerables de la creación.

<sup>47</sup> El hombre puede ser fácilmente víctima de fenómenos naturales o experimentar acontecimientos dolorosos que son definitivamente inevitables, como la muerte de seres queridos.

Sin una dosis de respeto para lo que escapa a la voluntad humana, nuestra vida, sería imposible. Nos destruiríamos en rebeldías estériles, en cóleras sin objeto<sup>48</sup>.

Tal resignación es una parte de la virtud. El penetrarse de tal respeto es conquistar el valor moral y la serenidad entre las desgracias y los contratiempos<sup>49</sup>.

El hombre de temple sabe aceptar las desgracias sin por eso considerarse perdido<sup>50</sup>.

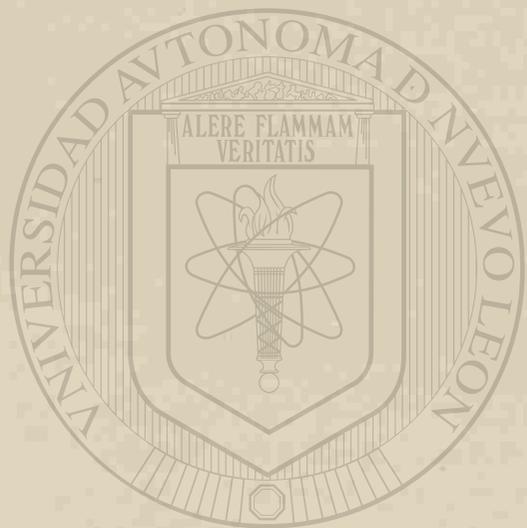
*Conciencia del entorno y sentido del ser social* de Alfonso Reyes se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2006 en los talleres de Serna Impresos, S.A. En su composición se utilizaron tipos Goudy de 8, 9, 10, 11, 14 y 15 puntos. Compilación de Gisela L. Carmona. Cuidó la edición Genaro Huacal. Diseño editorial de Rodolfo Leal Herrera. El tiraje consta de 2,000 ejemplares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

<sup>48</sup> El ser humano debe aprender a aceptar y resignarse frente a estas situaciones que están más allá de su voluntad y capacidad.

<sup>49</sup> Estas situaciones inevitables, que algunos pueden llamar "el destino", no deben aniquilar la voluntad moral, sino que deben servir de ocasión para alcanzar niveles más altos del valor moral.

<sup>50</sup> La grandeza del hombre está en aceptar estas realidades inevitables, no desplomarse frente a ellas y salir fortalecido de su experiencia.



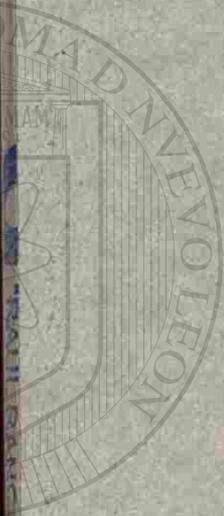
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN